

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXII

Abril de 1945

Núm 238

Puntos de vista

Roosevelt.

*L*A muerte de Franklin D. Roosevelt constituye para la América entera una pérdida irreparable. No sólo para su país sino para todas las naciones del continente. Esta muerte pertenece al número de esos sucesos que no pueden ser apreciados en toda la fuerza de su magnitud sino un tiempo después, o sea, cuando los acontecimientos futuros parecen dar la razón a los pensamientos y a los temores que surgieron en el instante de producirse el doloroso suceso. Ciertos hombres encarnan o recogen el flúido de millones de hombres y conducen los acontecimientos, no en su fatalidad, sino en la energía humana del pensamiento y del raciocinio. Si ellos no están presentes, puede ocurrir que se pierdan determinadas directivas, ciertas y determinadas fuerzas. De tal modo han logrado identificarse con la magnitud de los problemas a resolverse, que todos han creado una confianza ciega en la actuación de estos hombres y ningún temor asalta a los corazones si ellos están presentes en el momento decisivo de la prueba. Roosevelt creó con su sentimiento humano confianzas y seguridades ilimitadas. Su actuación durante todo el proceso de esta guerra, autorizó a millones de hombres para comprenderlo así y para sentirlo con la certidumbre que fluye de la confianza. Roosevelt tuvo siempre presente la naturaleza humana de sus adversarios y la naturaleza humana de sus camaradas. Se dirigía a todos como si fuera un apóstol y pedía cordialidad y comprensión y buena fe. Su teoría de la «buena vecindad» es el evangelio de la buena

fe. América hispana ha sentido desde entonces seguridad, confianza en sus propias decisiones, en su propio desarrollo moral. La buena vecindad fué creada por este hombre ejemplar de los Estados Unidos de Norteamérica para fortalecer el imperio de la justicia y de la solidaridad entre las naciones, pero al mismo tiempo para barrer las sospechas, las suspicacias y los celos y para demostrar que las rectificaciones son necesarias aún a los pueblos poderosos que han logrado vencer todas las más duras contingencias del crecimiento. Así como Roosevelt pudo ganar dentro de su país batallas que parecían imposibles, contra los más poderosos elementos del capitalismo, así fuera de su territorio ganó las batallas de la buena fe, encendiendo la confianza tanto en las naciones pequeñas como en las grandes. Sus palabras cordiales, limpias y sencillas fueron siempre dirigidas al corazón de los hombres.

Por eso sostenemos que hay hombres cuya pérdida es irreparable para la humanidad. En el caso especial del Presidente Roosevelt, los países de Hispanoamérica son los que más profundamente han debido sentir y lamentar esta muerte brusca, inesperada. Para las deliberaciones impostergables de la post guerra, hará falta ese sentido humano que hemos invocado ya, la comprensión de que hizo gala al referirse siempre a la posición de los países de este continente, la rectitud con que supo abordar en todo momento las cuestiones más delicadas de las nacionalidades. Roosevelt tenía la confianza absoluta de que la guerra actual debía ser la última en un largo período de la historia. Se estaba haciendo con una crueldad inconcebible, justamente porque era imprescindible aplastar, si fuera posible para siempre, y en homenaje a la paz de los pueblos, este germen monstruoso, envenenado, que ciertos pueblos llevan en su seno y que les incita a provocar espantosos cataclismos guerreros. Los sufrimientos y los sacrificios no pueden hacerse en vano. El hombre soporta el padecimiento más duro a condición de que se le libere para siempre o para largos períodos, de esa misma fatalidad que le obliga o le empuja a sufrir de nuevo.

Roosevelt puso toda su energía y todo el sacrificio de su pueblo, con un ímpetu valeroso, en la balanza de esta guerra. Pero no sólo lo hizo para imponer en el mundo el evangelio de la libertad y de la justicia sino para proteger el continente americano de la barbarie de la guerra y de la no menos brutal de la servidumbre espiritual, a que parecía arrastrarlo lentamente en la interna complicidad de algunos países el virus totalitario, subrepticamente infiltrado en algunas venas débiles y venales...

La obra de Roosevelt no podrá ser aquilatada en toda su grandeza sino cuando pasado el tempestuoso giro de esta etapa sobrevenga la calma y pueda verse hasta qué grado alcanzó la fuerza de ese espíritu superior y cómo fué generoso y noble su gran corazón de americano.